

Toledo, 1934. Venezolano desde 1963. Psicólogo.
Doctor en Ciencias Sociales. Profesor Titular
de la Universidad de Carabobo.
Director del Centro de Investigaciones Populares.
Uno de sus libros más significativos es
El aro y la trama (Caracas, 1994).
Editor de la *Revista Heterotopía*.

Sólo la madre basta

En primera persona

Historias de vida

La familia

Pueblo y familia. Familia y madre. Madre-hijos

La madre

Felicia

El hijo

La hija

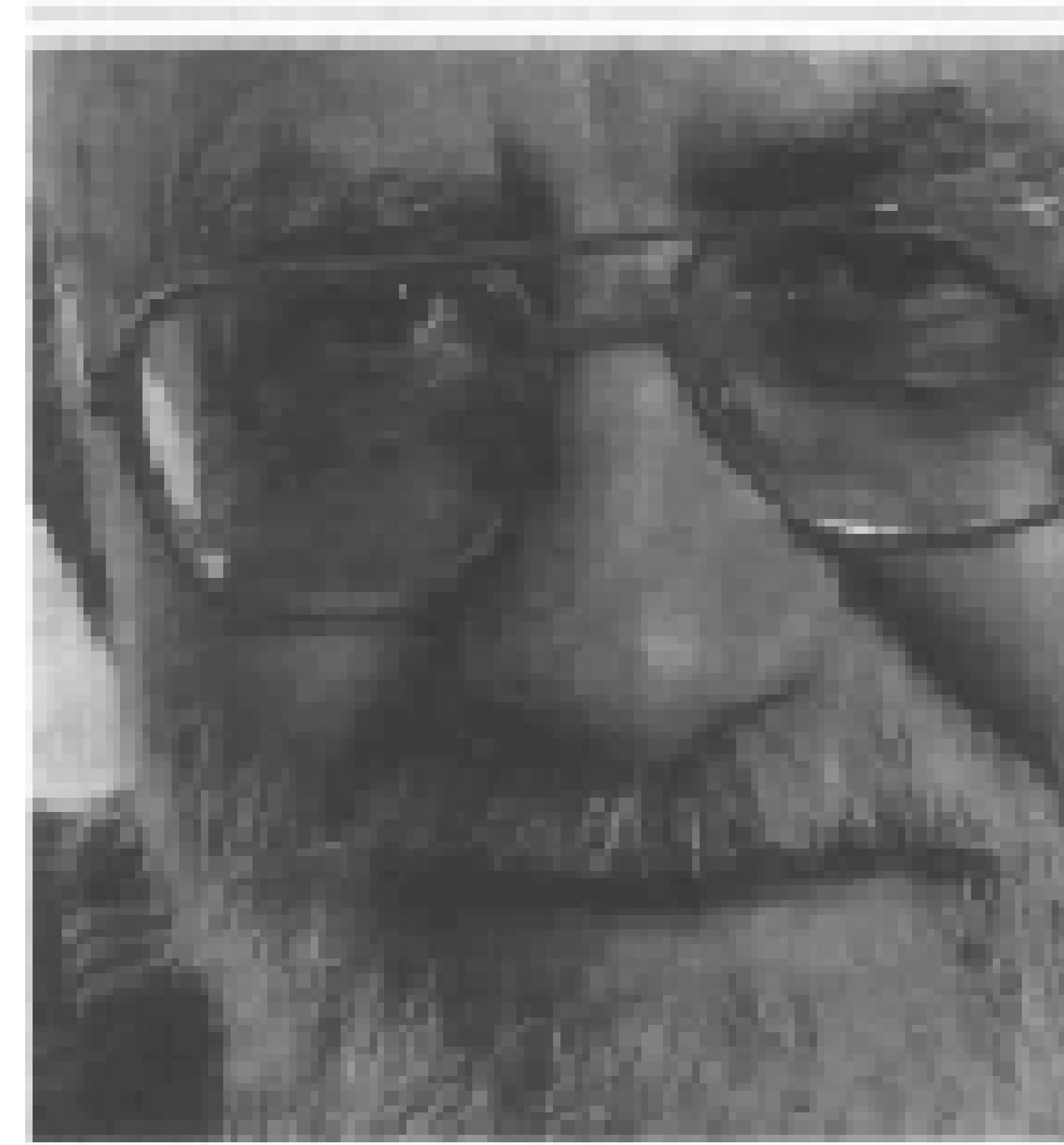
El padre

Los hermanos

La pareja

Otras familias

NO SE NECESITAN grandes tratados para producir cambios significativos en las orientaciones básicas del conocimiento en torno a una determinada realidad. Poco más de una página le bastó a Einstein para producir una revolución en la física. Apenas cuatro páginas de un artículo –“La estructura familiar atípica y el fracaso cultural de Venezuela”– en el número 362 de la conocida revista *SIC*, fueron suficientes para que en 1974 José Luis Vethencourt abriera la posibilidad a un conocimiento en profundidad de la familia popular venezolana. Con ese artículo ya clásico, Vethencourt produjo un cambio cualitativo: de lo descriptivo y puramente fenomenológico a lo comprensivo e interpretativo.



En su enfoque, el dato es sólo una señal que invita a buscar en profundidad, que indica el camino hacia el encuentro con lo constitutivo de la persona. A esto no se accede sino mediante un proceso hermenéutico, de comprensión-interpretación, que permita tomar contacto, en el conocimiento, con lo que no aparece pero, sin lo cual, lo que aparece no tendría explicación. Para ello, cuenta Vethencourt con su propia preparación y su práctica profesional, ambas centradas precisamente en interpretar para comprender. Conviene destacar dos de las condiciones que permiten a nuestro autor cambiar radicalmente la forma de acercarse a la familia venezolana.

En primer lugar, el punto de partida. No parte este investigador, en principio, de posiciones teóricas previas, aunque éstas, la psicología dinámica en particular, estarán presentes en el momento de emitir un juicio evaluativo. Parte, en efecto, de su propia práctica profesional, de su experiencia, especialmente –aunque no sólo– de su contacto personal con los detenidos en diversas cárceles venezolanas. Le impresiona, sobre todo, que en los delincuentes populares pueden haberse perdido multitud de valores, pueden estar éstos completamente distorsionados, pueden, así mismo, estar desviados e, incluso, aparentemente suprimidos los más fundamentales afectos, pero siempre y en todos hay un valor y un afecto incontaminado y permanente: la madre. Todo puede haberse perdido menos la madre. En un enfoque descriptivo, el investigador presentaría el dato que ha descubierto, procuraría desplegarlo en toda su manifestación fenomenológica y con ello concluiría su tarea.

No es ésta la posición de J. L. Vethencourt. Con esto tiene que ver la segunda condición, íntimamente relacionada con la primera. Corresponde también a la

posición del investigador cuando se aproxima a la realidad que investiga. La posición de este ilustre científico humanista es claramente social. No se acerca a la persona como a un individuo aislado, portador en sí mismo de todas sus explicaciones, sino a la persona que sólo es tal en cuanto inserta en una amplia red de relaciones: humanas, culturales, históricas y estrictamente sociales. De aquí que para entender plenamente el valor madre presente en todos los sujetos, tenga que pasar a comprender la familia y ésta en la totalidad de la cultura, la cual no se comprende fuera de la historia.

***Todo puede haberse
perdido menos
la madre.***

Llega, así, nuestro autor a captar que la familia, en Venezuela, tiene un único centro de referencia para saberse presente en el mundo: la madre. Una familia, por tanto, con una estructura matricen-

trada, producto de la transculturación producida por la conquista y colonización españolas, en un principio, y la neocolonización económica después. La invasión española habría destruido las culturas autóctonas, por una parte, y, por la otra, habría fracasado en el transplante de sus propias formas de vida. Con ello se habría desestructurado tanto lo indígena como lo español dando paso a un mero mimetismo formal de la familia española, ya deformada con respecto a su modelo europeo, y un regreso a modelos familiares ya superados en Europa. Se conforma, así, una familia inestructurada y atípica, en cuanto discrepante de la estructura y el tipo de la familia conyugal. Vethencourt no reconoce, en ese primer artículo paradigmático, al matricentrismo como una estructura y un tipo propios y específicos. Este desconocimiento y el enfoque sutilmente evolutivo con que juzga los hechos, proviene, según parece, más de los marcos teóricos del investigador que de su primera experiencia. Ello, sin embargo, no disminuye el valor definitivo de un trabajo que, sin pretensión alguna por parte del autor y quizás con sorpresa para él mismo, resulta pionero y abre posibilidades totalmente originales.

Así como Vethencourt no partió del estudio de la familia sino que llegó a ella al intentar comprender lo que la experiencia le ofrecía de los sujetos a quienes tenía que tratar, quien esto escribe se encontró también con la familia sin buscarla.

Importa destacar esto porque tiene implicaciones sobre el procedimiento seguido en toda la investigación y, por ende, en sus resultados. El lector comprenderá y aceptará que, para narrar lo que constituye mi propia experiencia, tenga que pasar de ahora en adelante a la primera persona.

En primera persona

Guiado por la necesidad de comprender la vida del barrio caraqueño en el que vivo desde hace casi veinte años, y comprenderla en cuanto conviviente de esa comunidad, no en principio como investigador, comencé a procesar reflexivamente la experiencia tal como se iba dando. Al tiempo, no mucho en realidad, decidí darle sistematicidad a este proceso. Fue en ese momento cuando caí en una trampa, la trampa que me tendía mi misma formación profesional. Procesar sistemáticamente

te una experiencia es lo que, al fin y al cabo, se entiende por investigación. Y en investigación social –así la entendía– no había mucho que inventar. Las teorías, los métodos y los instrumentos ya estaban elaborados y me los proveía mi formación académica de psicólogo social. Sin darme cuenta, me salía de mi posición de conviviente y asumía la de investigador en el sentido clásico o convencional del término. Empecé, así, a operar en dos planos paralelos o a llevar una doble vida: la de quien convive inserto en la cotidianidad del barrio y la de quien investiga, inserto en otra cotidianidad que no percibía diferente: la de la “ciencia”. Dos cosas, sin embargo, afortunadamente, me permitieron tomar conciencia de la trampa en que había caído: los resultados de la misma investigación y el haber partido de la vida y no de la investigación misma, lo que ponía a ésta, de hecho, en segundo lugar con referencia a aquella.

Los resultados, en efecto, de la investigación llevada a cabo con el instrumental conocido y aceptado, no aportaban ninguna novedad significativa –las novedades, que sí las había, eran de todos modos conceptualizables como variaciones, particularidades o desviaciones explicables en el marco de las teorías– sino que, a lo sumo, ampliaban el espectro de lo ya conocido. Ello no hubiera sido una falla importante pues la novedad no era buscada en cuanto tal. La falla, sin embargo, la había: la investigación no lograba el fin para el cual había sido emprendida. Los resultados describían y explicaban la realidad sometida a examen, pero no permitían comprenderla, esto es, acceder al punto en el que la vida, lo vivido cotidianamente, engarza con lo que de ella se dice en el discurso resultante de todo el trabajo, de modo tal que se pudiera pensar y producir conocimiento desde el sentido profundo desde el que se generaba la vida de la gente. Al no comprender, no sólo no pertenecía, desde el sentido, a la comunidad sino que me mantenía externo a ella en la raíz, precisamente por el modo en que elaboraba mi conocimiento. De esa manera vida y conocimiento no se encontraban. Sin embargo, practicaba, en la vivencia cotidiana, la vida de la comunidad pero, inevitablemente, fuera de lo que los conocimientos me indicaban.

¿Habría en la vida algo que pudiera llamarse comprensión vivida a la cual se pudiera dar palabra y convertir, así, en conocimiento comunicable que se pudiera compartir? Para dar respuesta a esta pregunta, encontré un solo camino: suspender por el tiempo que fuera necesario mis intentos de conocer, internarme plenamente en la vida de la gente y esperar el momento en que el conocimiento surgiera de esa misma vida.

Ejercito, pues, la práctica del vivir cotidiano, de la corriente cotidiana de la vida en sus múltiples ejercitaciones. A esta corriente de la vida, a esta ejercitación simplemente del vivir, le he dado un nombre: “vivimiento”. Desde dentro, vivencio en primer lugar y luego comprendo, todavía sin elaboración intelectual, que este ejercicio del vivir, este vivimiento, no es caótico ni disperso, a pesar de la dispersión y multiplicidad de las acciones, no es un sucederse de prácticas aisladas e independientes entre sí, sino que constituye una totalidad con sentido, esto es, con dirección

y orientación procedentes de una fuente compartida por todos, productora de un agua, valga la metáfora, que se dispersa pero que porta en sí la unidad del manantial. La cualidad del agua se la da precisamente el manantial. De aquí que el agua tenga un mismo sabor, unas mismas sales disueltas, en todos los envases y en todos los usos. Así, el vivimiento constituye una totalidad, una unidad con sentido, esto es, un mundo propio en el que todos los convivientes viven. Puesto que este mundo está constituido por la vida, su nombre no puede ser otro sino el de mundo-de-vida. No es el “mundo de la vida” en general, al que se refieren los fenomenólogos clásicos y actuales, sino un mundo-de-vida particular, situado en el tiempo y en el espacio, es decir, histórico, conformado por una ejercitación propia, particular, del vivir.

Siendo esto así, en ese mundo-de-vida, en su vivimiento y desde su sentido, surgen los códigos fundamentales de la cultura, esto es, de la manera propia que ese determinado grupo humano que vive ese mundo-de-vida, tiene de habérselas y entenderse con la realidad total, que es el significado más general que le doy al término cultura. El primer código, el más de fondo, es el proceso de significar, de dar significado a esa realidad, de producir significados.

Para comprender, entonces, ese mundo-de-vida, tenía necesariamente que impregnarme de su sentido, de su producción de significados y de estos mismos hasta el punto de ser poseído por ellos, o, lo que es lo mismo, insertarme plenamente en la cultura desde la práctica del vivimiento. Poseído como estaba en un principio por los significados de la “ciencia”, no podía *comprender*, esto es, situarme en el punto en que vida y conocimiento coinciden. Conocí, así, dónde estaba la trampa.

El proceso fue largo, complejo e inadvertido. Llego a advertirlo cuando ya ha sucedido y reflexiono sobre él, cuando me doy cuenta de lo que he vivido.

El primer paso –ahora lo estoy ordenando lógicamente pues no se dio en secuencia– fue salirme, como quien se sale de una armadura medieval, de los significados con los que partí, y el segundo, dejarme poseer por los significados del nuevo mundo-de-vida. Como he dicho, este proceso fue inadvertido y ahora sé que fue guiado, facilitado e inducido por la práctica del vivimiento en cuya cotidianidad se fue dando el recorrido de un camino que se parece a lo que los antropólogos han descrito como “iniciación”.

Es llegado a este punto, de ya “iniciado”, valga la analogía, cuando empieza la nueva investigación, fuera de los significados “científicamente” aceptados y dentro de los significados del mundo-de-vida que calificaré de “popular”, dando a ese término el sentido corriente más general y sin entrar en disquisiciones al respecto para no desviarme demasiado del tema. Investigación o producción de conocimientos desde dentro, desde los códigos propios del mundo que convivo. Aquí me encuentro sin teorías, sin métodos, sin formas de aproximación ya elaboradas. Diríase que a la intemperie. Sólo tengo a disposición la vida en su vivimiento. Pues a ello recorro. No significa esto que todas las armas de la armadura abandonada hayan quedado inservibles. Del mismo modo que una pieza de una máquina, convenien-

temente transformada, puede servir para otra máquina completamente distinta de la primera, algunos “insumos” de mi formación primera transformados en su sentido—este es el punto fundamental y bastante difícil—, producidos en otro proceso de significación, esto es, re-significados, podían servirme.

Era de primordial importancia no separar vida y conocimiento. Este había de producirse en la vida y, por lo mismo, los instrumentos habían de estar en ella enraizados. Pero la vida, en su vivimiento, se presenta muy dispersa para poder someterla toda a procesos de estudio. Aislar en ella algunos datos, hubiera sido objetivarla y situarme, en cuanto investigador, fuera, al mismo tiempo que interrumpirla en su discurrir. Conservar su tiempo era indispensable. Si no se trataba de aislar, podía recurrir a concentrar, pero concentrar hubiera sido otro artificio desvinculado de la vida. Sin embargo, podía encontrar espacios en que la vida del mundo popular se condensa por sí misma, esto es, tiempos de vida condensada, con toda su densidad, en su historia y ésta en la narración de los que la viven. Y la viven todos los convivientes, tanto cada uno de los miembros de la comunidad como el investigado integrado a la comunidad también él. En todos ellos se condensa la vida en su historicidad. Había que estudiar, pues, la historia de la vida o, lo que es lo mismo, la historia-de-vida de cada cual.

*...la familia,
en Venezuela, tiene
un único centro de
referencia para saberse
presente en el mundo:
la madre.*

Historias de vida

Ahora bien, el estudio de las “historias de vida” tiene, en la ciencia social, su propio estatuto. Ha sido utilizado como instrumento científico desde los primeros años del siglo veinte por la escuela de Chicago y, con distinta fortuna, hasta nuestros días. En la actualidad, resurge renovado con muy variadas perspectivas: como método, como técnica, como instrumento auxiliar. El sociólogo italiano Franco Ferrarotti en un libro ya clásico publicado en 1981, “Historia e historias de vida” —*Storia e storie di vita*, en el original— lo planteó como “apuesta epistemológica”, como una manera totalmente original de investigar. La postura de Ferrarotti me abría un camino, pero tenía que trascenderla.

Afirma este autor, en efecto, que en la historia de cada sujeto están en síntesis todos los grupos por los que ese sujeto ha discurrido y, por lo mismo, toda la sociedad en la que vive. Así, en una sola historia de vida puede estudiarse una sociedad entera. El estudio de ésta, sin embargo, en la posición de Ferrarotti, no se hace desde dentro sino desde la perspectiva del investigador. No exige la transformación del investigador. La historia del investigador, así mismo, no entra en el estudio. Un aspecto, sin embargo, de la posición de Ferrarotti me resultaba de particular utilidad: para él, en efecto, no se ha de estudiar la “historia de vida” como medio para producir un conocimiento externo a ella misma, sino que es la historia la que se estudia, en sí misma, y, en ella, todo lo que porta, pues todo el conocimiento social se encuentra en ella.

Tenía, pues, que reformular este “insumo” y recrearlo de manera que me permitiera un estudio desde dentro y desde la convivencia, dos componentes esenciales de la situación misma de la investigación. Ello implicaba, en principio, que no bastaba una sola historia-de-vida, como proponía Ferrarotti, sino que se necesitaban dos: la del sujeto narrador y la del investigador, ambas convivientes en un mismo mundo-de-vida, esto es, ambas poseídas por los mismos significados compartidos a los que el estudio habría de dar palabra, simbolización intelectual, para la conciencia y la comunicación. A la del investigador la llamo “registro sistemático

del vivimiento”, y a la del sujeto narrador simplemente “historia-de-vida”, unidos sus términos por guiones para indicar la indisolubilidad e intercambiabilidad de los mismos.

Lo característico de una y otra es que no son una sucesión de datos conectados en el discurrir del tiempo, aunque, al asumir la forma de un texto, pudieran tomarse como tales –y así lo haría un inves-

tigador clásico– sino un despliegue de sentido productor de significados presente en el ejercicio de la vida en el tiempo. Los datos, de esta manera, no significan en cuanto datos sino en cuanto producidos por el sentido. Así, pierde importancia su precisión e incluso su veracidad. El narrador está poseído por el sentido y los significados de tal manera que, aun cuando el dato esté modificado por el recuerdo o sea, incluso, falso, no puede falsificar el significado en el que es producido, pues el significado no lo controla ni la voluntad ni la memoria del narrador sino el compartido mundo-de-vida en el que investigador y sujeto narrador coinciden. Por lo mismo, se necesita un investigador transformado en conviviente del mismo mundo-de-vida. Así no habrá discontinuidad entre vida y palabra.

Habiendo dado, así, razón en síntesis –y toda síntesis es incompleta– del proceso y el procedimiento investigativo, resumo a continuación –de nuevo síntesis– lo que puedo apalabrar de la familia popular venezolana en este inicio de milenio.

La familia

Los estudios sobre la familia en Venezuela, en general, han partido de un supuesto comúnmente aceptado y asumido sin discusión: que el modelo o tipo, paradigma, de familia es el constituido por un padre, una madre y unos hijos –éstos pueden faltar– comunes a ambos, sea por generación biológica, sea por adopción. Este modelo puede revestir diversas formas: en su manera de constituirse (matrimonio civil, religioso o ambos, concubinato, etc.), en sus costumbres internas, en los modos de convivencia.

Dado, sin embargo, que se dan en la realidad social maneras de convivir entre adultos, con menores o sin ellos, que no obedecen estrictamente a ese modelo pero que no pueden sino concebirse como grupos familiares (un solo adulto con hijos, convivencia de hermanos huérfanos; hay también convivencia de adultos del mismo sexo, etc.), pues parece que lo esencial al concepto de lo familiar es algún tipo, no

Se conforma, así, una familia inestructurada y atípica, en cuanto discrepante de la estructura y el tipo de la familia conyugal.

muy preciso, de convivencia. A estas últimas maneras de convivir se las enfoca desde la perspectiva del modelo considerado como tipo ideal y de su estructura y, en consecuencia, se las califica según su aproximación o alejamiento del mismo. Si no lo reproducen en lo esencial de su estructura –pareja heterosexual con hijos– se definen como familias incompletas, atípicas, inestructuradas y así por el estilo. Puesto que el modelo se considera natural, esto es, el exigido por la naturaleza del ser humano, se piensa que las desviaciones del mismo ordinariamente deberían causar desajustes en las personas, especialmente en el desarrollo psicológico, social y ético de los niños.

Puestas así las cosas y estudiada la conducta humana desde esta perspectiva –un modelo único y universal de familia–, las ciencias, especialmente las psicológicas, encuentran correlaciones positivas entre las desviaciones del modelo y los desajustes de la conducta de las personas tanto en el plano individual como en el plano social. Así, en el caso de Venezuela, problemas tan variados como la delincuencia, especialmente la juvenil, la corrupción en el ejercicio de la administración pública o hasta determinadas orientaciones consideradas perversas en la política, son atribuidas a las fallas en el modelo familiar.

Sin embargo, la antropología, a lo largo de toda su historia, pero especialmente desde la segunda mitad del siglo XIX, ha venido mostrando cómo distintas culturas poseen modelos de familia que difieren sustancialmente del considerado natural en Occidente, y cómo tales modelos son perfectamente funcionales para tales culturas en las que los desajustes personales y sociales son atribuibles a las desviaciones del modelo propio de la cultura, o a su transculturación y no a su alejamiento del modelo supuestamente universal.

La misma antropología, por otra parte, ha ido erosionando el concepto mismo de naturaleza humana universal y, por ende, la existencia de instituciones “naturales”. No hay dificultad en reconocer la particularidad de una cultura cuando, ya desde antes de abordarla, es pre-comprendida como distinta. El problema se presenta cuando, por tradición o por ausencia de estudios adecuados, un sector de una determinada sociedad no se aborda como cultura sino como parte de lo que se considera la cultura común de toda esa sociedad. Las particularidades, las distinciones, las peculiaridades, entonces, son enfocadas, ya de partida, como desviaciones positivas o negativas del modelo cultural supuestamente común.

Es el caso de Venezuela cuando de estudiar lo popular se trata. Puesto que el modelo cultural venezolano se considera, a lo sumo, como una variación mestiza del occidental moderno, lo peculiar de los sectores populares es visto como desviación, generalmente negativa, persistencia de la tradición, atraso o perversión de lo que en el tiempo histórico debiera haber llegado a ser. De aquí provienen los ya clásicos conceptos de subdesarrollo, premodernidad, marginalidad y otros similares. No se plantea ni remotamente la posibilidad de pensar que el pueblo venezolano pudiera constituir un mundo-de-vida propio y distinto, ni atrasado ni tradicional,

sino simplemente otro a la modernidad en la que se considera inserto un sector minoritario de la nación, mundo sobre el cual se basa una cultura propia en sus estructuras fundamentales si bien mezclada con una modernidad instrumental –de uso de instrumentos tanto materiales como conceptuales en general– en los planos en los que inevitablemente tiene que convivir con ella y sometérsele, pues es la cultura dominante.

De esta manera, la familia popular, en cuanto presenta evidentes diferencias con respecto al modelo occidental supuestamente universal a cualquier observador externo, no puede ser vista sino como desviante y por lo mismo responsable de múltiples problemas personales y sociales.

Así la abordé espontáneamente en un principio. A ello me movía mi formación de psicólogo, inclinado por lo mismo, a buscar en la familia el origen de los problemas conductuales, mi conocimiento de los trabajos de Vethencourt y mi condición de sacerdote dedicado a la elevación religiosa y moral de toda una feligresía. Mi posición llevaba implícito un juicio científico y moral que no podía ser sino condenatorio.

La convivencia en una familia popular, el in-vivir –vivir dentro– su vivimiento, me va cambiando las perspectivas y sacándome de mi “armadura”. Empiezo a comprender la familia que vive en mi comunidad –y luego fuera de ella, en otros múltiples ambientes– sin juicios ni científicos ni éticos a partir de vivirla como la vivo y como la viven los demás.

Pueblo y familia. Familia y madre. Madre-hijos

Como ya he dicho, mi punto de partida no fue la familia sino el intento de comprender la comunidad, pero la familia se impuso muy pronto como conocimiento indispensable para conocer la comunidad. Me atrevo a afirmarlo como axioma, no de partida, sino de llegada: *el pueblo venezolano es incomprendible sin la familia*. Esto lo distingue ya del mundo-de-vida moderno.

En efecto, el mundo moderno puede describirse desde la economía, la política, la ciencia, el arte, etc., pero no resulta indispensable, para ello, recurrir a la familia. Por el contrario, nada se puede decir del pueblo venezolano sin referirse a ella. Aquí encontramos ya dos fuentes de comprensión distintas, dos marcos hermenéuticos, para uno y otro mundo: el popular sólo es comprensible desde la familia; el moderno lo es desde algo otro-que-familia. Esto no significa que modernidad y pueblo se contradigan o se opongan; señala simplemente su distinción.

Desde cualquier punto que partiera mi esfuerzo de comprensión, surgía algo así como una flecha indicadora de dirección: busca más allá de mí, busca en la familia. A la familia me llevaban inevitablemente tanto el “registro sistemático del vivimiento” como las historias de vida. La familia se abre, así, como gran marco de comprensión en el que van a mostrar su significado de fondo otras experiencias del vivir cotidiano: las formas de convivencia, los intercambios de bienes, la economía, la comunicación en la comunidad, las maneras de “organizarse”, las bases popula-

res de las agrupaciones políticas, los productos de la cultura, esto es, folklore, canciones, etc. Todas las flechas convergen a ese centro: la familia.

Ahora bien, tanto en el “registro sistemático del vivimiento” como en las historias-de-vida, sólo encuentro, en la familia, dos cosas: madres e hijos. Los padres no aparecen sino en una posición tangencial, cuando aparecen. Casi paradigmática resulta la canción popularizada por Luis Silva, cantor popular: “Mis siete amores”. Hay en ella amor hasta para el perro y el caballo; para el padre no lo hay.

Se puede representar a la familia como un círculo limitado por su circunferencia a la que tocan en un punto una o varias tangentes, el o los padres. La tangente no pertenece a la estructura del círculo; está fuera y apenas lo toca. Puede faltar por completo sin que el círculo cambie en lo más mínimo. Éste se halla constituido

*Los hombres no están
hechos para tener
familia propia;
la familia
es de la mujer.*

sólo por madre-hijos. En este círculo la madre ocupa el centro. O mejor, para decirlo de manera más adecuada al acontecimiento aunque menos sintácticamente correcta: en este círculo vive madre-centro. A ella confluyen y de ella manan todos los vínculos sin dispersión ninguna posible. Familia matricentrada, por tanto, como bien ha señalado Vethencourt. La madre es el centro, pero la madre no es la familia. La familia es esa totalidad indisoluble –quizás el término más cercano sea el de “gestalt”– constituida por la vinculación, la relación estructural-afectiva, madre-hijos. Esto significa que la familia venezolana, la que existe, se explica totalmente, sin necesidad de ningún otro componente, por este nudo relacional.

Todo ello conforma una estructura, en el sentido más pleno del término, dinámica y funcionante. Hasta ahora, ha respondido bien a las exigencias vitales de las personas y del grupo básico en el que se inicia y se forma la vida humana, en el seno del mundo-de-vida popular.

Se trata, es claro, de una estructura otra a la del modelo occidental al que más arriba me he referido y, con respecto a él, atípica. Pero, comprendida desde dentro de ella misma, ni atípica ni inestructurada: de su propio tipo y con su propia estructura. Hay que decir, además, que esta estructura tiene una gran solidez. Ha resistido los embates del tiempo sin entrar en crisis interna. Si alguna institución en Venezuela, en este final y principio de siglo, no está en crisis, es la familia popular. Se encuentra, ciertamente, muy amenazada y pasa por circunstancias nada favorables bajo las presiones y seducciones que sobre ella ejerce el mundo moderno con sus cambios y exigencias tanto en la economía como en la cultura, pero, hasta el presente, se ha mantenido eficiente en sus propias funciones y sólo ha cedido y se ha desorganizado en algunos casos, en mínimos porcentajes.

Es claro que todo lo anterior contradice la opinión más generalizada en el país, tanto en los medios de comunicación como en las agencias del Estado, en la Iglesia o entre los políticos y los intelectuales en general, para quienes nuestra familia siempre ha estado en crisis y desestructurada, condiciones que, a su parecer, explican la gran mayoría de los males que padece la nación.

El 14 de mayo de 1999, según reseña el periódico *Últimas Noticias*, la primera dama, en un discurso ante la ONU, el día internacional de la familia, afirmaba: “Si tengo que sintetizar en una breve fórmula la realidad de la familia venezolana, me veo en la obligación de formular dos terribles palabras: pobreza y desintegración”. Y en otro párrafo: “Si queremos erradicar la pobreza, estamos entonces en la obligación de redimensionar la familia”. En estas palabras hay un juicio y un proyecto de política consecuente con el juicio: un programa de intervención. Hay que esperar, y desear, que política, proyecto y programa tengan la suerte que hasta ahora han

***La madre-centro
es la referencia válida
para saberse
hermanos.***

tenido todos: el fracaso. Y esto por una sencilla razón: sociólogos, antropólogos, psicólogos sociales, historiadores, sabemos que, cuando una institución social es de una determinada manera –sin hablar de toda una cultura, que, en el fondo, es nuestro caso–, es así por razones nada superficiales. Por lo mismo, cuando se la interviene desde fuera –es el único sentido del término intervención– lo que se produce, entonces sí, es su desintegración y no el redimensionamiento proyectado. Ni las instituciones ni las culturas son estáticas; evolucionan y se transforman, pero los cambios son positivos cuando se producen desde la potencialidad creativa de sus propios factores dinámicos internos, en diálogo no interventor con el exterior. A los de la familia popular venezolana me referiré más adelante.

Sirva esta digresión para indicar cómo un conocimiento elaborado desde categorías, modelos y paradigmas externos a la realidad que se conoce, no sólo resulta ficcional sino dañino para esa misma realidad independientemente de cualesquiera buenas o malas intenciones.

La familia popular venezolana, pues, constituye su propio tipo y su propia estructura. Pero, antes que tipo y estructura, es un ejercicio de vida, o mejor, el ejercicio de la vida concreta que se ejerce en una comunidad. La madre ejercita, practica relación-hijo, y el hijo ejercita, practica relación-madre. Así, la familia es un practicar relación-madre-hijo. La familia, pues, antes que otra cosa, es una práctica y, para decirlo con un neologismo de mi propia cosecha que indica dinamicidad, una práctica, la práctica que todo un mundo practica en su grupo primero y en su primer ejercicio de vida. En la práctica de familia todos confluyen y coinciden. En ella se aprende a practicar todo el ejercicio del vivir. Así, tenemos una práctica primera, que es la práctica-familia matricentrada, y todo el resto de prácticas que constituyen el vivir; éstas vienen a ser prácticas segundas pues se fundan en la primera de la que reciben el sentido. De este modo, el mundo-de-vida popular se integra y estructura a partir de la familia como práctica primera y, por esa misma razón, la familia siempre está presente y sin ella nada se entiende. El mundo-de-vida moderno, si está integrado por una práctica primera también, ésta no es la familia; por ello es comprensible sin su presencia.

Si se acepta que un sector de la población venezolana vive un mundo moderno, tenemos en el país la coexistencia de dos mundos, no de por sí contrapuestos pero

distintos, externos el uno al otro: el mundo moderno y el mundo popular. El primero es minoritario pero ejerce los poderes, las funciones de dirección de la sociedad en todos los ámbitos: genera los paradigmas, los modelos, las categorías, los métodos, las políticas, los proyectos, los programas, las intervenciones, sobre sí mismo y, sin distinciones, sobre el mundo popular. El segundo es mayoritario pero no ejerce ni poder social ni dirigencia. El moderno no conoce al popular sino la ficción de lo popular que él mismo elabora. De aquí proviene ese básico desencuentro que caracteriza a la sociedad venezolana y que explica multitud de fracasos y la permanente necesidad de estar siempre volviendo a empezar como en el mito de Sísifo.

La familia matricentrada, en cuanto práctica primera, es pues, la verdad última del ejercicio de vida popular, esto es, el acontecimiento primero que no se explica por otro acontecimiento precedente sino por su propio acontecer y que dinamiza desde sí todo acontecer posterior. Por eso explica y abre toda posible comprensión.

Familia matricentrada no significa en absoluto familia matriarcal. Este término implica, en su misma etimología, el poder de dominio no sólo sobre la familia sino sobre toda una sociedad o comunidad. El poder de la madre es una realidad dentro del círculo pero no fuera. Y dentro del círculo, en el seno de la familia, lo definitorio es la relación afectiva y no el poder, el cual, por otra parte, reviste características muy propias que lo distinguen de lo que ordinariamente se entiende por tal. En lugar de matriarcal, la califico de matrial y en lugar de matriarcado prefiero hablar de matriado.

Puede decirse, por tanto, que la familia matricentrada es nuestro modelo cultural en cuanto viene a ser la manera práctica y primordial de habérselas con la realidad que tiene todo un pueblo y el horizonte de comprensión para todas sus prácticas.

Si ése es el modelo cultural de nuestro pueblo, no quiere decir ello que se limite a los sectores tradicionalmente considerados como populares. Es probable, y puede sostenerse como hipótesis hasta ahora no investigada por quien esto escribe, que, bajo otras formas, este modelo se reproduzca también en la clase media y aun en la clase alta. Sin duda existen excepciones en todos los sectores, pero no resultan "culturalmente" significativas.

A primera vista, la familia andina parece alejarse un tanto del modelo. De hecho, se da en ella una mayor presencia del padre. Ciertamente esto le provee de otra forma exterior. Las investigaciones efectuadas al respecto, hasta ahora, en el Centro de Investigaciones Populares (CIP) que dirijo, apuntan más hacia una variación dentro del modelo popular que hacia una distinción de modelos. El vínculo madre-hijo sigue teniendo la misma fuerza y la misma exclusividad que en otras regiones del país. De todos modos, el modelo que podríamos llamar popular "clásico", coexiste, por lo menos en paridad estadística, en los estados andinos, con la variación propiamente andina.

Quizás –al respecto faltan estudios– un número de verdaderas excepciones al modelo pueda encontrarse en el Zulia y de hecho también se da entre las primeras generaciones de descendientes de inmigrados europeos, especialmente españoles, italianos y portugueses.

La madre

Para comprender este tipo de familia y a cada uno de los actores, nos falta un estudio sistemático de su historia: su origen y evolución. Difícilmente puede ser enmarcada en lo que se ha llamado el proceso de mestizaje. Más bien, parece una creación novedosa en el conjunto de circunstancias históricas desencadenadas por la conquista española. Vethencourt piensa que la conquista destruyó las culturas indígenas y, por tanto, su modelo de familia y fracasó en el proyecto de imponer la familia occidental. Habría fracasado, pues, el intento transculturizador con lo cual, destruida una estructura y no afirmada otra, habríamos quedado sin estructura familiar. Sin embargo, por lo menos en Venezuela, no existía, antes de la conquista, una cultura indígena sino que existían muchas, cada una con su propio tipo de familia.

Por otra parte, la familia de pareja, si bien estaba suficientemente afirmada en España para la época, en el pueblo, entre los nobles –e igualmente en más de un eclesiástico– era frecuente el concubinato y, por ende, la bastardía, pues muchos mantenían una familia oficial estable y una o varias concubinas con sus respectivos hijos fuera de ella. Existían, por tanto, también en España, núcleos familiares, “incompletos” con respecto al modelo oficial, constituidos por una madre y sus hijos sin presencia de padre. La novela picaresca ofrece numerosos ejemplos. Quizás muchos de los conquistadores provinieran de este tipo de familias pues los bastardos más pobres no tenían acomodo en la sociedad y entre los pobres se reclutaba la mayoría de los aventureros para las Indias. Lo sabemos claramente en el caso de Pizarro. Aunque pronto empezaron a llegar también mujeres, el grueso, y al principio la exclusividad, de las expediciones estuvo constituido por hombres solos que o no habían formado familia en España o habían tenido que dejarla allí.

Los historiadores son unánimes en calificar los primeros tiempos, por lo menos todo el siglo XVI, de la colonización española, como caracterizados por una poliginia desenfrenada. Con la estabilización de la colonia, se van progresivamente afirmando las instituciones españolas por obra del Estado y de la Iglesia y, entre ellas, el matrimonio y el derecho matrimonial. Este proceso fue, si no del todo, bastante exitoso en varios de los actuales países hispanoamericanos, en aquellos en los que tanto el Estado como la Iglesia tuvieron una fuerte y eficaz presencia.

No fue éste el caso de Venezuela, donde tanto el uno como la otra, especialmente esta última, fueron más bien débiles. Hay, además, en nuestro caso, una circunstancia especialmente importante en lo que a la formación de la familia popular se refiere: la ocupación de nuestro territorio por los españoles, la conquista duró todo

un siglo. Durante cien años, los hombres de Venezuela, tanto los nacidos en España como los ya nacidos aquí, estuvieron en su mayoría ocupados en la guerra de frontera. Así, se dispersaron por todo el país núcleos de mujeres con sus hijos dejados a su suerte por un padre itinerante. Estos núcleos no hubieran sobrevivido si no se hubieran autonomizado cerrándose sobre sí mismos, estructurándose fuertemente como unidades autosuficientes. Dispersos e incommunicados, a lo sumo agrupados en pequeñas aldeas, no recibían sino de manera esporádica y fugaz la influencia del Estado y de la Iglesia. Esta dispersión y este aislamiento poblacional duró en Venezuela, con pocos cambios, hasta casi la mitad del siglo XX. Todavía en 1950, cerca del ochenta por ciento de la población era rural.

Nuestras ciudades fueron, desde su fundación hasta las grandes migraciones del último siglo, pequeñas, pobres y poco comunicadas. Dos o tres cuadras más allá de la plaza, en torno a la cual vivían los pocos acomodados del lugar, comenzaban el bahareque y los techos de palma o paja, las precarias habitaciones de los hijos del pueblo, muchos de ellos bastardos de los señores que vivían en el centro, y que reproducían, a su vez, el único modelo de familia que habían vivido: madre-hijos. Vethencourt ha dicho, en una charla no publicada, parte de un curso dictado con quien esto escribe y otros colegas, y titulada “Repensar a Venezuela desde la familia” y que mereció el premio Mons. Pellín, que la migración campesina “acentúa el matricentrismo”. Quizás sólo lo reproduce y lo multiplica por el aumento poblacional en el nuevo espacio urbano. Con ello, si antes pudo parecer excepcional a los estudiosos, por una cierta invisibilidad, hoy resulta demasiado evidente y muestra claramente su “normalidad”.

Un grupo humano poco numeroso dejado a sí mismo, o se estructura en un sistema de relaciones personales directas, o no sobrevive. Si en este grupo hay un solo adulto, necesariamente en él se concentra todo el sistema. Si este adulto, además, es la madre de todo el resto, tendremos instalado el matricentrismo. No me parece necesario, para explicarlo, recurrir a contrastes de culturas o a procesos de mestizaje. El mismo hecho de acaecer en esas determinadas circunstancias, lo hace inevitable. Surge así, por el hecho mismo de acaecer ahí y tener, ahí y así, que vivir las personas. Viviendo ahí y así, la vida se practica, se ejerce, en ese horizonte de vida y en él, viviéndolo, se forman tanto el grupo mismo como las personas, de modo que no se vivencia otro horizonte posible en el que practicar la vida. Podrá tenerse información sobre la posibilidad de otros horizontes, pero no se la vivenciará. Si esta vivenciación es la práctica primera de toda una comunidad, de todo un pueblo, tenemos ya el núcleo estructural de un mundo-de-vida y de una cultura. Centro de todo, la madre.

La madre popular llega, pues, a nosotros, como mujer-sin-hombre, mujer-sin-pareja, madre-sin-padre. Ni propio ni de sus hijos. “No conocí –pausa– mi padre”, son las palabras con que Felicia empieza su historia-de-vida.

El centro dinámico de sentido en nuestra familia es la madre. La modernización impacta directamente sobre ella y esto hay que tenerlo muy en cuenta porque si se daña la madre, entonces sí se disuelve la familia dado que no hay padre que la pueda sustituir.

Felicia

Felicia es una mujer del pueblo cuya historia-de-vida, comentada y estudiada por quienes investigamos en el CIP, como parte de nuestros estudios sobre familia y pueblo, ha sido publicada por el CONICIT, en el año 1998, bajo el título *Historia-de-vida de Felicia Valera*. Cuando, terminada la narración de la historia, en la entrevista de cierre (p. 224), le pregunto por lo bueno que le han dejado los hombres que ha tenido, me responde que sólo malos recuerdos. Insisto en preguntarle no por lo malo sino por lo bueno que le han dejado. No encuentra nada. Ni siquiera se le

Se está dando, sin embargo, un acontecimiento completamente nuevo al respecto. Desde hace, quizás, no más de quince años, se están viendo por las calles de nuestras ciudades y de nuestros barrios, lo que me parece más significativo, numerosos padres jóvenes cargando con ternura a sus hijos en público.

ocurre que le han dejado nueve hijos. Tengo yo que sugerírsele: –“A que te dejaron los hijos”–. Responde: –“Por supuesto”–. Y no añade nada más. No hay padres en su horizonte. Familia-sin-padre.

Hombre, pareja, padre, son las carencias; hijos, la presencia.

En cuanto producto de la historia y la cultura, la mujer adulta, se comprende desde este primer significado: sola-de-hombre, llena-de-hijo. Es el primer acceso a su practicarse en la vida: madre. A este primer significado, práctica primera de la mujer en la familia matricentrada, lo he llamado la *madredad*. Es un acontecimiento tan raigal, tan pleno y, al mismo tiempo, tan concreto aunque compartido y por lo mismo general, que el clásico término maternidad me resulta demasiado abstracto y esquemático. La *madredad* es, pues, el núcleo constitutivo y dinámico del vivirse y

vivir en el mundo como mujer para la venezolana popular, no el género ni la femineidad. Felicia lo dice muy claramente. En la conversación sobre su propia historia-de-vida con el grupo de investigación (p. 310), le planteo:

“AM. – ...en esta historia, no aparece Felicia, aparece Felicia madre de hijos. O sea, si tú no eres madre, no eres tú. Es lo que aparece aquí.

Felicia: –(asiente con la cabeza) Claro.

A.M.: –No me hagas el gesto, dílo para que quede grabado.

Felicia: –Sí, yo... es que así tiene que ser.”

En este sentido, puede afirmarse que en el pueblo venezolano no se da la mujer sino la madre. Mujer implica distinción, diferenciación –y por tanto separación, individualidad– del hombre y, por lo mismo, autosuficiencia. En el mundo-de-vida popular, lo autosuficiente es la gestalt familia, la inseparable trama madre-hijos. En esa trama, la mujer es primero hija y luego, sin solución de continuidad, madre. No hay espacio para la mujer-género ni para la mujer-individuo. Hija y madre son y viven sólo en cuanto relaciones, relaciones vivientes. La realización de la mujer, para servirme de un concepto muy actual, no está en su identificación consigo misma sino en la actualización de todas sus potencialidades en cuanto relación matricéntrica. El hijo, a su vez, en esa relación se realiza y en la trama relacional se realiza la familia.

Todas las necesidades de la madre y de los hijos se satisfacen ahí: seguridad, afecto sólido y prolongado, protección, reconocimiento y aceptación, dignidad y consideración, comunicación e intercambio, así como las económicas fundamentales. Ahí reside la plenitud de la vida.

“A.M.: —¿Pero a ti se te hubiera ocurrido alguna vez irte? (dejar la familia como el hombre)

Felicia: —No. No podía aunque quisiera. Si yo lo hubiese querido, lo hubiese hecho, pero no lo quise; yo estaba por mis hijos. Vivo por mis hijos y vivo para ellos.” (p. 312)

El hijo

El niño que nace y se desarrolla en el seno de una pareja —presencia real y con función actuante en el centro mismo de la familia— establece una vinculación variada con la totalidad de la familia y practica desde el inicio múltiples relaciones: con la madre, con el padre, con la pareja misma como totalidad cuando ésta es real y no sólo formal, con los hermanos. Esta experiencia primera abre en la vida del varón la posibilidad de establecer vinculaciones múltiples y variadas sin que ninguna domine de tal manera que pueda ser monopólica, sobre todo las de pareja y de paternidad.

En la familia matricentrada, el niño practica desde el primer momento una vinculación también matricéntrica. Puesto que el centro-familia no es compartido con un padre que, en el mejor de los casos, cuando está presente, ocupa sólo una posición tangencial al centro, la relación primera practicada es el vínculo con la madre. En ella convergen y de ella emergen los hilos de la trama familiar. Dado que este vínculo no tiene competencia, adquiere, por ese mismo hecho, una fuerte rigidez. Esta rigidez es necesaria para la sobrevivencia de la familia y proviene de la historia misma de su constitución como tal. Es claro que también la familia matricentrada necesita un hombre dentro y no sólo en tangente, un hombre que no se vaya, que permanezca en y para ella siempre. Este hombre no puede ser otro sino el hijo, pues el hombre-pareja no está ni siquiera previsto. La familia-madre lo construye, así, para-la-permanencia. Habrá de ser siempre hijo de familia-madre o hijo-de-madre. Esto es lo que llamo la hijidad del varón. Ella lo constituye como persona. Si en el mundo-de-vida popular no hay mujeres sino madres, tampoco hay hombres sino hijos.

Esto plantea por lo menos dos problemas críticos a la familia matricentrada, dos peligros: el incesto y la homosexualidad. Ni el uno ni la otra son más frecuentes en nuestro pueblo que en cualquier otro ambiente cultural, quizás hasta menos que en la mayoría de ellos. El mundo-de-vida ha elaborado los mecanismos de defensa adecuados y exitosos. El más importante y eficaz ha sido el tan denostado machismo.

El machismo del hijo venezolano, popular, presenta características que lo diferencian de otros machismos. Todo machismo puede definirse como la integración

en síntesis de dos componentes fundamentales: ejercicio de poder y ejercicio sexogenital disperso. El poder se caracteriza por la imposición de dominio sobre la mujer por el simple hecho de ser el hombre el macho en esa relación apoyado en la fuerza corporal y en el papel que le atribuyen la sociedad y la ley, la tradición y la costumbre. El ejercicio sexogenital disperso es la consecuencia de la atribución al varón del derecho a una discrecionalidad al respecto negada a la mujer. Uno y otro factor o componente entran de diversa manera en la síntesis según distintos ambientes, culturas y mundos-de-vida. En unos casos, predomina y rige el primero, en otros el segundo. Se delinea, así, una tipología del machismo en dos variaciones: machismo-poder y machismo-sexogenital.

El primero es propio de los pueblos y culturas que tienen una familia con una función fuerte del padre, un padre presente en el centro-familia. Este centro, aunque constituido por la pareja padre-madre, es asimétrico, desbalanceado a favor del padre y, por tanto, con una madre subordinada. Predomina el poder. El ejercicio sexogenital disperso se incluye como un "derecho" derivado de ese poder. El hijo lo adquiere por identificación con el padre y, así, lo reproduce. Como es un machismo generado por el padre, lo denomino machismo patrigénito. Cumple la función psicosocial de mantener en la sociedad el poder de los hombres.

En la familia matricentrada, este machismo sólo tiene una posibilidad tangencial pues tangencial es la posición del padre. En este tipo de familia, el machismo no tiene como función principal mantener el poder masculino en la sociedad venezolana –¿no será éste también, en su realidad profunda, tangencial?– sino controlar los peligros de incesto y homosexualidad, peligros sexogenitales. Por lo mismo, el componente sexogenital prima sobre el poder. Este último es consecuencia de la prueba repetida de masculinidad aportada por el ejercicio disperso de la genitalidad. Es generado por la madre que, así, conjura los dos peligros y asegura la necesaria e imprescindible hijidad permanente del varón. Machismo matrigénito, por tanto.

El vínculo materno, matricentrado, reina prácticamente solitario en la vida del varón. Todas sus necesidades afectivas profundas están canalizadas hacia una única fuente de satisfacción plena: la madre. Toda otra satisfacción será, por lo mismo, superficial y necesariamente transitoria. La dispersión entre muchas mujeres garantiza la permanencia del vínculo fundamental y reproduce, así mismo, los núcleos familiares matricentrados con lo que mantiene también la tangencialidad del padre. La fuerza de la estructura se reafirma. De este modo, el hijo varón, sobre todo el primero, cumple la función del marido imposible para la madre. Se da, así, de hecho, un incesto social –no genital aunque haya excepciones– en esta sustitución del marido por el hijo.

El varón tiene, por lo mismo, cerrados dos horizontes muy importantes: la pareja y la paternidad. Ni la una ni la otra tienen significado cultural en el mundo-de-vida popular. Cuando se dan, son más logro personal de algunos sujetos por circunstancias particulares que realidad emergente de la cultura.

Todo esto está muy presente en la historia de Felicia desde la perspectiva materna. Una sola muestra, extraída de la entrevista final (p. 317).

“AM.:—... los hijos para los hombres no significan tanto como significan los hijos para las mujeres.

Felicia:—Claro. Bueno.

AM.:—Porque no han significado nada para tus maridos, no parece que significa...

Felicia:—Yo lo viví con mi propio hijo, el mayor. [...] El hijo siempre, el varón, se enamoró pero es un amor que no es estable.

AM.:—Ajá. ¿Y cuál es el amor estable de un hijo?

Felicia:—Yo considero que el amor estable de un hijo, para uno, la madre.”

Desde la perspectiva del hijo ello está reflejado en la segunda estrofa de la canción ya citada de Luis Silva:

“Después de mi Dios eterno
el segundo es mi mamá
a quien le debo mi ser
y lo que de mí será.”

La madre es, pues, para el cantor, toda la vida: pasado —“le debo”—, presente —“mi ser”—, futuro-destino —“lo que de mí será”—. En esta totalidad no queda espacio para nadie más.

*¿No hay, pues,
posibilidad ninguna
para la pareja
en el mundo-de-vida
popular? Mientras lo
constitutivo, esto es, la
familia matricentrada,
la madredad y
la hijidad, conserve su
compactación,
no se ven posibilidades.*

La hija

El vínculo madre-hijo varón, y, por ende, la estructura del varón mismo, se elabora en función de las necesidades de la madre-familia. El hijo está destinado a cumplir los cometidos del esposo imposible en todo menos en la relación genital. La genitalidad del varón habrá de dispersarse y diluirse en múltiples y variados contactos para que, al mismo tiempo que lo identifica en su sexo, no corra el riesgo de convertirse en fuente y origen de un posible vínculo afectivo rival.

El vínculo madre-hija tiene otro sentido. Funciona como reproductor de la mujer-madre y de la familia-madre. En la hija, la familia matricentrada se perpetúa, se reproduce la cultura y el mundo-de-vida. Entre los hijos, las hembras son las únicas destinadas a formar nuevas familias. Si para el varón “mi familia es mi mamá”, para la hembra “mi familia son mis hijos”.

“Felicia:—Yo prefiero vivir sola en el sentido de no tener esposo, pero no sola de mi familia, porque siempre la tengo.

WR.:—¿Tu familia son tus hijos?

Felicia:—¡ Mis hijos! Cuando no estoy con uno, estoy con el otro. [...] Cada quien de ellos me tiene y yo los tengo a ellos.” (p. 313)

También la hembra empieza su vida practicándose como hija-de-madre pero con una hijidad abierta a la madredad. Llegada ésta, la hijidad queda subordinada y subsumida en ella.

“AM.: –Ahora, cuando tú hablas de tu mamá, tú hablas de tu mamá hasta que tienes tus hijos. O sea, tú dejas de ser hija y empiezas a ser madre. Entonces, yo te hice una vez una pregunta y tú no sabías escoger entre tus hijos y tu mamá, pero de lo que pasa en la historia-de-vida y de la forma en que tú hablas, da la impresión de que realmente tus hijos son más importantes para ti que tu mamá.

Felicia: –Porque se forman dos familias. Cuando uno es sortero, uno es de su mamá, está con su mamá; después que uno se casó, tiene hijos, ya va a otra familia. Fundamentalmente los hijos son los primeros, y la mamá se puede que-

rer igual pero va quedando de segunda.” (p. 314). (Nótese que el esposo no es ni primero ni segundo; no aparece.)

Abierta a la madredad, la identificación de la hija no tiene que sortear peligros como el varón. Su proceso es lineal y orientado hacia

En el mundo-de-vida popular, la mujer es la fuerte; el hombre, el débil.

un fin bien definido. Se constituye, así, una personalidad fuerte, bien integrada, sin vacíos ni inseguridades. En el mundo-de-vida popular, la mujer es la fuerte; el hombre, el débil. Entre los dos, la mujer es la más formada para asumir responsabilidades –la de madre– y para bregar con la vida.

Su papel principal es, pues, formar familia. Tiene además otro, no por secundario poco importante: ser reserva de la familia matricentrada para cuando el varón, por no haberlo entre los hijos o por incumplimiento, falla en su cometido de hijo-esposo. Cuando el hijo “sale malo” y no cumple con el deber de satisfacer las necesidades de la familia-madre, la hija suplirá pero poniendo siempre por delante su propia madredad. Así, si a ésta, por falla del varón, le toca trabajar, su madre, ahora como madre-abuela, asumirá el cargo de madre para dos generaciones –o para tres, si es el caso– pues la madredad es una estructura que no termina ni tiene límites.

Lo mismo sucede cuando la hija se convierte en madre muy pronto. La “maternidad prematura” está prevista en el mundo-de-vida popular. Éste ha generado una cultura, un modo de habérselas con la vida, que tiene ya dispuestos los mecanismos de acción para cuando el caso se da. Nada tiene de raro ni pernicioso el embarazo llamado, fuera del mundo-de-vida popular, “precoz”, si a la cultura se le permite poner en marcha los mecanismos ya experimentados por largo tiempo. La joven madre tiene su puesto en la familia y sus funciones.

La mujer tiene un horizonte de realización fijado por la trama del mundo-de-vida. Comienza a practicarlo, o a practicar su vida en él, desde que hace su entrada en una familia diseñada para él y diseñadora de él. En este horizonte sólo se abre una posibilidad de ser mujer-madre: no madre simplemente, sino madre-sin-padre, madre en soledad de pareja, criadora total de los hijos, formadora de la única familia posible y nudo-centro de las relaciones.

El padre

La estructura de la familia popular está completa. Nadie más es necesario y, como sucede con toda estructura completa, cualquier actor o elemento que se le

añada, o queda fuera o exige una total reestructuración si ha de ser integrado. No hay, pues, lugar para el padre. Su presencia en el interior de la estructura cambiaría todo. Es posible que el cambio se dé algún día, pues la familia popular, como cualquier otra, cambia y evoluciona. Algunos signos parecen anunciarlo, pero, por el momento, la situación permanece.

He hablado de una presencia tangencial. ¿Cómo y en qué puntos toca el padre a la familia? Ante todo como instrumento necesario para que la familia acontezca, esto es, como engendrador de los hijos de la madre. En cuanto instrumento, puede ser desechado cuando ha cumplido su función. De hecho, si es necesario para producir la familia, una vez producida –y basta para ello el primer hijo– la familia comienza su vida independientemente de él. Función instrumental, pero no propiamente familiar. De la propia familia permanece ausente. ¿Cómo es vivida esta ausencia?

Al principio, cuando todavía estudiaba la familia desde fuera, pensé que era vivida, tanto por parte de los hijos como por parte del mismo padre, con indiferencia. Me planteé como hipótesis que, dado que el padre nunca ha existido en la familia matricentrada, el proceso histórico había producido, a lo largo del tiempo, un efecto de adaptación psicosocial que lo había hecho innecesario. Las historias-de-vida y el registro del vivimiento falsearon semejante hipótesis.

La historia de Pedro y la convivencia cercana y prolongada con él, esto es, la comprensión desde dentro de la vida, me abrieron a otra comprensión. Pedro Luna es, como Felicia, una persona del pueblo cuya historia-de-vida ha sido estudiada con detenimiento por los que constituimos el CIP ya citado. Su publicación está en proceso. Vivido desde el hijo, el padre es ante todo, y en la lógica de la familia-madre, una ausencia, pero no una ausencia que lo borra, sino una ausencia que lo trae permanentemente a la presencia como ausente. Es, pues, una ausencia vívidamente presente. Podría definirse el padre como la presencia-de-su-ausencia. Ausente de los núcleos germinales que dan sentido a la vida, permanece, sin embargo, en el centro de la existencia, como un hueco, una oquedad vacía, pero construida en cuanto oquedad de abandono, demanda y rabia. Y ello aunque el padre propiamente no haya abandonado.

En el caso de Pedro, en particular, impresiona la ausencia vivencial del padre, no obstante su presencia física intermitente, en contraste con la viva presencia de la madre a pesar de que es también físicamente intermitente por razones de trabajo para alimentar a la familia. Presencia y ausencia no tienen mucho que ver con lo físico palpable.

La canción popular varias veces citada apunta claramente en la misma dirección. Entre los siete amores –no uno ni dos– del cantor, entre los cuales hay presencia hasta del caballo y el perro, está ausente el del padre. En el amor del hijo, el padre es menos que un perro o un caballo. Esta ausencia se puede rastrear incluso en el habla común. Señalo dos indicaciones nada más. En primer lugar, los símbolos que en el lenguaje popular representan lo grande, fuerte, poderoso y valioso, que en

la cultura occidental son de género masculino, en Venezuela son femeninos y específicamente maternos. Un hueco grande, que en España o en México, por ejemplo, sería un “hueco padre”, entre nosotros es un “madre hueco” o una “hueca”. En segundo lugar, la ausencia absoluta del insulto al padre en contraste con la frondosidad de los insultos a la madre. El insulto al padre, común en España y en otros países de habla castellana, es imposible en Venezuela. No hay lenguaje para ello; ni verbal ni gestual. No duele. No se puede producir dolor insultándolo: ausente en el amor y en el dolor. Presente, sin embargo, en la demanda, como explicitaré.

Si el padre está ausente en el varón –y Pedro es sólo un testigo–, lo está también en la mujer. Toda la primera parte de la historia de Felicia adquiere sentido de este primer núcleo –o “marca-guía”, como lo hemos llamado–: desconocimiento del padre. El estudio detenido del significado, aquí –y en el mundo-de-vida popular– del término conocer, revela que indica, sobre todo, vivenciar. “No conocí mi padre” dice, por tanto: no lo viví. La niña Felicia dedicará buena parte de su infancia a conseguir ese conocimiento, esa vivencia, totalmente imposible. La búsqueda cesa cuando resulta claro que ha muerto. Pedro, en cambio, se pasará toda la vida buscando padre, acercándosele y rechazándolo, volviéndose hacia padres sustitutos –abundantes y significativos en su historia– y apegándose a ellos con entrega.

Para Felicia, el padre aparece como un imposible de precisar, un vago “lo de mi papá”, un tema más que una persona. Cuando intenta precisarlo, recurre a ubicarlo en una trama familiar –las personas tienen su sentido en-familia–: quiénes pudieron ser sus padres, sus abuelos... Así, diferencia claramente las dos tramas familiares. La suya propia, a la que no pertenece el padre, y la de él, completamente externa a la de ella pero en la que puede ser conocido.

Pedro tampoco conoce a su padre hasta que ya ha cumplido los cinco años. Desde entonces sí es una figura precisa pero flotante. Ansiado desde muy pequeño, el papá finalmente aparece y lo lleva consigo, pero “yo pensé que llegaba a un mundo mejor y prácticamente parece que no, parece que llegué a algo peor”, dice. Entregado a la madrastra –los hijos son de las mujeres, madres o madrastras– no encuentra en el papá la protección necesaria contra los malos tratos. Acabará abandonándolo y huyendo de la casa, después de muchas peripecias en las que pasa de una abuela a otra abandonado reiteradamente en ellas por el padre. Su vivencia del padre se puede resumir en esta confesión: “Mi papá para mí significa algo porque él en algunos momentos me ayudó, aunque después me la hizo mal...”

AM.: –¿Tú sientes que le tienes cariño?

PL.: –Sí, lo quiero; claro, no como a mi mamá. Nunca. La diferencia entre los cariños es grande.

AM.: –¿Cómo cuánto?

PL.: –Bastante larga, porque mi mamá para mí... de mi esposa y mis hijos, mi mamá, ya, bueno, papá y abuelo... pero no, no, no... nunca los podré querer a los dos por igual, mi papá pasaría a un tercer plano”.

Tanto en Felicia como en Pedro, las vinculaciones con uno y otro progenitor son independientes entre sí. Están separadas, como lo están ellos, y son cualitativamente diferentes.

En la historia de Felicia aparece con toda claridad cómo es el padre desde la madre. A su propia madre ella recurre para tener información de él. Desde el principio, la respuesta materna es encubridora. Análogo es el caso de Pedro. Hasta que su padre aparece, recibe informaciones contradictorias sobre él. La abuela materna, que suple a la madre durante sus ausencias, le dice que ha muerto —es la primera información que también recibe Felicia— y que era malo. La mamá, en cambio, le dice que está vivo y que no es malo aunque con ella se ha portado mal. La familia matricentrada se confabula para encubrir al padre y confundirlo. La madre —real o sustituta—, en principio, niega al padre, pero es a la vez la única fuente de información sobre esa figura negada. Así los hijos conocen al padre que la madre les presenta, el que ella quiere que conozcan.

Cuando el encubrimiento fracasa —y fracasa siempre a la larga— lo que un hijo logra saber de su padre, presentado por la madre, desde ella y con respecto a ella, es, como en Felicia, que la embarazó y la abandonó embarazada o poco después. Es la representación fundamental de padre que se ofrece a los hijos: ausente, procreador y abandonante. De esta manera, el padre no tiene sentido propio sino derivado —construido por— de la madre. El sentido está en la familia cuyo núcleo estructural es la madre. En él no encaja el padre y la madre lo enfatiza. Flota, pues, sin sentido familiar. Su sentido familiar está ya desde siempre y para siempre anclado en su propia madre.

Así, la madre entrena, forma, en los hijos —hembras y varones— la representación del hombre. Les dice lo que les interesa saber de él: un padre, un hombre, sirve para que la madre tenga hijos. Pero la madre añade dos rasgos más. Cuando Felicia pregunta por qué no va ella a la escuela como otros niños, su mamá le responde que porque ella no tiene padre y por eso no disponen de dinero. El padre, por tanto, en la representación que se le ofrece a Felicia, hubiera debido proveer pero no lo ha hecho. Es, por tanto, también culpable. El cuadro está completo. Procreador —macho—, abandonante, proveedor y culpable.

Felicia concluye cerrando el tema de su papá: “Decir papá, yo no tuve eso”. Biológicamente, la frase es falsa; y, sin embargo, es verdadera. Verdadera vivencialmente, pues lo vivencial es lo verdadero en el mundo-de-vida popular. Pero no se puede vivenciar una persona, en la trama popular, sino en la relación directa. Felicia no tiene padre, lo que tiene es una vaga figura, un “eso”. Con matices diversos, no con tanta claridad, que puede decirse paradigmática, como en Felicia, también para Pedro el padre es una figura vaga, desdibujada, no vivenciado como tal.

Esta ausencia, este borrar al padre como persona real, es obra de la madre pero con la colaboración del mismo padre quien, por su parte, obedece al mandato de la

La “maternidad prematura” está prevista en el mundo-de-vida popular.

cultura y se borra o, en el mejor de los casos, se desdibuja. Ahora bien, ¿qué es lo determinante en esta postura? ¿Qué es en realidad el padre-de-mis-hijos para una madre como la de Felicia que nos sirve de modelo? ¿Lo conoce ella para poderlo dar a conocer?

Puesto que la madre asume al padre fundamentalmente como procreador y no como componente estructural de la familia, y puesto que en familia es como tienen sentido las personas, no puede decirle a su hija quién es porque no lo conoce. La embarazó alguna vez y eso es todo. No lo conoció nunca como persona ni como padre,

propiamente padre, de “mis hijos”, sino como embarazador de ella. Es padre de sus hijos –los de ella pero no de él– por una circunstancia y como circunstancia lo conoce, se lo representa y lo nombra. Es conocido y pensado solamente como instrumento circunstancial. Esto no sólo posibilita sino que, además, hace necesaria la negación. Como circunstancia, como tránsito, no tiene existencia vivencialmente significativa. Negarlo no es algo premeditado sino simplemente afirmar su verdad. La historia se repite cuando ya no se trata del padre de Felicia sino de los padres de los hijos de Felicia. Se reproduce el mismo modelo. Es claro que hablo del mismo en lo esencial pues numerosas son las variaciones y diversos los matices. En ningún caso se repite lo mismo, pero, si se busca la estructura constitutiva, se verá que es común a todos.

Felicia dice: “Fue donde yo conocí al padre de mis hijos”. En esta expresión aparentemente anodina –y lo sería si no se repitiera tanto, con infinidad de variaciones, en el habla de los que viven el mundo-de-vida popular– está en síntesis el significado del padre, de la madre y de la familia matricentrada. Felicia no conoce, en efecto a una pareja, ni siquiera a un hombre, sino a un padre, pero un padre de nada que le pertenezca en cuanto tal, sino al padre de los hijos de ella. Nótese; nunca se dice: “de nuestros hijos”. Padre por un rato, padre instrumento circunstancial, padre que es tal porque ella es madre, esto es, con paternidad derivada de la madre. Es ella quien le da el ser padre, pero inmediatamente se lo arrebatada.

En síntesis: el padre real es construcción de la madre en la familia matricentrada. Este padre, maternamente construido, es formado por la madre en los hijos varones y ellos se encargarán de realizarlo en su propia vida, guiados, de nuevo, por las madres de los hijos que en ellas engendren. Parodiando a Felicia, se puede afirmar: decir padre, ellos no serán eso.

Pero, ¿cómo es vivido el padre desde el padre mismo, desde el varón que llega a ser padre? Mis investigaciones no dan para mucho todavía en este punto. Están en marcha. Algo, de todos modos, puedo decir. En principio, él asume la figura diseñada por el mundo-de-vida en la madre: procreador, proveedor, instrumento circunstancial para que se dé una familia a la que permanece externo.

Se dan, sin embargo en el padre –y esto sorprende porque indica una inesperada posibilidad de fisura en la compactación de la familia matricentrada– intentos

***El machismo del hijo
venezolano, popular,
presenta
características que
lo diferencian de otros
machismos.***

claros de ir más allá de la figura diseñada por la madre hacia una paternidad propia. La madre de sus hijos, sin embargo, inmediatamente los desbarata.

¿Quiere realmente el hombre ser padre? Si lo quiere, no le dejan. Ni la mujer, ni el mundo-de-vida. O, mejor dicho, la mujer en un mundo-de-vida diseñado para que no pueda. Una cierta paternidad vergonzante logra algunas veces con los nietos cuando, refugiado de su largo peregrinar, se asienta en la casa de alguna de sus hijas que son las que tienen familia. Raramente en la de algún hijo transitoriamente estabilizado con una mujer. La cultura en el mundo-de-vida lo ha diseñado así, como ha diseñado a los otros actores. Ordinariamente, las personas no se cuestionan el diseño de la cultura; lo obedecen como algo natural. Ello no las hace juguetes de la misma; siempre queda abierta la posibilidad de decisión libre y, por lo mismo, de liberación de la cultura o de aceptación voluntaria. De todos modos, ello será siempre un hecho personal, no colectivo; un hecho que no cambia las estructuras. Éstas tienen sus propios procesos de cambio.

El registro sistemático del vivimiento y las historias-de-vida, me dicen que los hombres en el fondo buscan hogar. Al principio, cuando aún son jóvenes, buscan sobre todo –para eso los ha formado la madre– la realización de su machismo, pero en el fondo buscan algo más: una mujer a donde poder llegar, una mujer que los atienda como su mamá, reproducir y reencontrar el hogar materno del que siempre estarán nostálgicos. No lo encontrarán nunca pues, así como “madre hay una sola”, para ellos “familia hay una sola”, la materna, y “hogar hay uno solo”. Los hombres no están hechos para tener familia propia; la familia es de la mujer.

Por otra parte, del hogar materno y de la madre deben salir. En la familia matricentrada late siempre el peligro de incesto que no llega a realizarse porque la cultura ha previsto los remedios, como arriba he señalado. La madre amarra y expulsa manteniendo siempre la misma atadura dotada, sin embargo, de gran elasticidad para permitir la salida y asegurar el regreso. Cuando el hombre encuentra un hogar, éste siempre evocará en su interior al materno. Por lo mismo, necesita abandonarlo, esto es, salir de la madre evocada. Así se complementan la necesidad de la mujer-madre de tener cerrada su familia a la competencia posible del padre y la de éste. Si el hombre acepta su posición tangencial, la mujer puede tolerar y hasta admitir su presencia. Pero, cuando intenta de verdad ser padre, meterse en la estructura de la familia, la madre dispara la secuencia de mecanismos ya ancestralmente experimentados como eficaces para alejarlo, lo cual encuentra eco en la necesidad de alejamiento del padre mismo.

Al principio de la paternidad, cuando el hijo es muy pequeño, se dan manifestaciones paternas de ternura –pero sobre todo de orgullo por la propia masculinidad confirmada–, de protección más que sólo material, de afecto de padre, inmediatamente interferidas por los mecanismos defensivos de la madre.

Esto nos ha hecho pensar –a mí y a mis colaboradores– en una especie de “huella-de-paternidad” presente en el hombre de nuestro pueblo más allá de los dicta-

dos del mundo-de-vida y cultura, pero desactivada por uno y otra, huella que intenta activarse, sin éxito, desde lo profundo de cada padre. No es necesario pensar en una “huella” antropológica de valor universal, lo cual no necesariamente se excluye, basta, en nuestro caso, pensar en una “huella” que se instala en el momento mismo de vivenciar, incluso más allá de la conciencia, la ausencia del propio padre en el vacío de padre que todo hombre lleva dentro.

Se está dando, sin embargo, un acontecimiento completamente nuevo al respecto. Desde hace, quizás, no más de quince años, se están viendo por las calles de nuestras ciudades y de nuestros barrios, lo que me parece más significativo, numerosos padres jóvenes cargando con ternura a sus hijos en público. Me parece una auténtica explosión de ternura masculina, paterna, exhibida en público sin rubor ninguno. Esto era impensable hace unos años. ¿Ruptura de un tabú? ¿Será que la “huella” está encontrando condiciones de posibilidad para activarse y resistir a los mecanismos maternos de desactivación? Es muy posible que esté apareciendo el padre en un mundo-de-vida y en una cultura-sin-padre, producido desde exigencias propias y no por intervenciones externas.

Los hermanos

La madre establece una relación directa y diádica con cada uno de los hijos por muchos que sean, de modo que puede considerarse madre de muchos hijos únicos. De hecho, muchas veces son realmente únicos en cuanto provenientes de una única unión con el padre de cada uno, en una frecuente poliandria sucesiva y cambiante. El caso de Pedro no es único ni exclusivo: son ocho hijos de la misma madre pero de seis padres distintos, los cinco primeros cada uno de un padre y los tres últimos de uno solo. Cada uno de los padres, por otra parte, tiene otros hijos en distintas otras mujeres. En Felicia se repite el modelo aunque con menos frondosidad. Con razón se ha dicho que en Venezuela no se dan árboles genealógicos sino enredaderas tropicales.

Cada sujeto tiene múltiples maneras de ser hermano de otros: los de la propia madre y del propio padre, los de madre pero de un padre diferente, caso que puede repetirse varias veces con hombres distintos, los del propio padre pero con otra mujer, lo que también se repite y multiplica. ¿Cómo se constituye la hermandad? En la matricentralidad de la familia hay que buscar la respuesta. La madre-centro es la referencia válida para saberse hermanos. Se establecen así dos tipos de redes fraternales: los provenientes del mismo útero que constituyen una sola red sin importar lo variado del origen paterno –al fin y al cabo el padre es tangencial– y las varias redes de todos los otros cada uno de los cuales tiene sus propias fraternidades uterinas. Esto es, una red interna, la propiamente familiar, y múltiples redes externas generalmente desconocidas –sólo se suele conocer, si acaso, el hermano pero no su red– con las que no se tiene ninguna relación a menos que el padre haya producido varios hermanos en una mujer y se haya convivido con ellos y la madrastra, como es

el caso de Pedro que tiene otros siete hermanos de padre reunidos en una sola red con los que se ha relacionado, lo que no impide que tenga además otros sueltos y aún desconocidos. Todo esto multiplica, diversifica y jerarquiza los vínculos fraternales en una intrincada madeja de acercamientos y alejamientos, de aceptaciones y rechazos, de compenetraciones e indiferencias, de solidaridades y exclusiones. La red fraternal verdadera es, sin embargo, una sola, la constituida por todos los que comparten un útero común, una misma madre.

Esta red tiene forma piramidal, esto es, puesto que la madre establece con cada uno relaciones de hijo único, esta vinculación es vivida por cada cual como excluyente, en principio, y no compartida, de fondo, con los demás frutos del útero común. Así, la madre se convierte en el vértice de una pirámide en la que confluyen las numerosas diadas del hogar. Cada uno es hermano del otro a través de su vinculación con la madre común. La hermandad real circula muy poco, en cuando vivencialmente practicada, de hermano a hermano, por vía inmediata; circula, en cambio, mediada por la madre. Con los hermanos de padre, cuando hay conocimiento y trato, es más directa, aunque mucho más débil, por la sencilla razón que el padre no cuenta como vínculo sino como referencia indispensable para saberse hermanos; no es instancia mediadora.

Así se jerarquizan las solidaridades y los compromisos. El hijo varón, sobre todo el mayor, se siente obligado a proteger y ayudar a sus hermanos maternos –no a los otros– sobre todo “por mi mamá”, a lo largo de toda la vida pues la madre nunca se extingue. El compromiso se escalona según las edades. A cada uno le corresponde cuidar de todos los menores a él. En esto no hay diferencia entre varones y hembras, cada cual según las funciones de género definidas no por rasgos universales sino por la estructura de la familia matricentrada.

Así se establecen, por la práctica centrada en la madre, las pautas de relación entre iguales –hermanos– que regirán las formas generales de socialidad, la constitución de las tramas comunitarias y sociales. Este modelo sustenta, desde el fondo de las primeras vivencias, los modos de agruparse en la vecindad, en el trabajo, en la política, en las instituciones religiosas, etc. Todo ello da pistas para comprender muchos fenómenos de nuestra vida pública. Un ejemplo nada más: ¿Puede ser vivenciada como corrupción la ayuda a los hermanos, no sólo de útero sino en cuanto grupo extendido –compadres, vecinos, amigos...–, fuera y aun en contra de las leyes, al fin y al cabo externas a la trama familiar, si ella viene exigida por las pautas de socialización matricentrada según las cuales la solidaridad familiar está por encima de todo?

La pareja

En una familia con estas características, con estos actores, con esta trama de relaciones internas, con la constitución estructural de la mujer en madre y del

Si ése es el modelo cultural de nuestro pueblo, no quiere decir ello que se limite a los sectores tradicionalmente considerados como populares.

hombre en hijo, no hay espacio real para la pareja, entendida ésta como la unión estable, duradera, íntima y profunda entre un hombre y una mujer que comparten así un proyecto de vida en común. Quizás la Biblia lo ha expresado de la manera más completa: "El hombre abandonará a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y formarán una sola persona". Queda espacio sólo para el apareamiento entendido como la unión del hombre y la mujer no para un proyecto de vida sino para conseguir unos logros temporales y limitados: satisfacciones sexuales y afectivas transitorias, procreación, puesta en marcha de la familia de la mujer-madre,

*...puede afirmarse
que en el pueblo
venezolano no se da
la mujer
sino la madre.*

soluciones económicas de provisión de recursos, etc.

El vínculo hijo varón-madre es determinante y excluyente; lo mismo el de la hija desde su origen intencionada a la madredad con su propio hijo. Por ambos extremos está cerrado el horizonte para la pareja. Ni el hombre-hijo, ni la mujer-madre tienen aperturas

para una nueva vinculación, la de pareja. El apareamiento está garantizado por intrínseca intencionalidad de la mujer a realizarse como madre y por análoga intencionalidad en el hombre a realizarse como "macho". Una y otro exigen la transitoriedad de cualquier unión.

Si, para la mujer, el hombre es fundamentalmente procreador, y luego proveedor, no pasa de ser un medio-instrumento necesario para la formación de su familia y conveniente, pero no indispensable, para su mantenimiento. Si esta segunda función no la cumple y la primera ya la ha cumplido, de él puede prescindir. La atracción sexual puede ser suficiente en unos casos para el apareamiento, en otros puede haber también la exigencia de afecto y capacidad de entendimiento. En los primeros la unión será más fugaz que en los segundos, pero la relación estable y definitiva es: para la mujer, los hijos; para el hombre, la propia madre. De esta manera, contradiciendo la opinión común, es la mujer la que expulsa al hombre del hogar cuando ya no es necesario para lo fundamental y no cumple con lo accesorio.

Para el hombre, por otra parte, la mujer que tiene un hijo de él, lo confirma e identifica como varón, una identificación que siempre hay que estar afirmando y conquistando, pero una batalla victoriosa no es ganar la guerra. Se requieren muchas batallas ganadas, sobre todo cuando la guerra se vuelve interminable. Se trata de una guerra muy peculiar pues en ella no hay vencidos. Ambos ganan. La mujer obtiene su madredad y su familia, el hombre su virilidad. La mujer, además, suele ganar un hogar: una casa o rancho y unos enseres. El hombre se lo hace o se lo compra. No hace la casa para la pareja ni para la familia, propiamente, sino para ella en cuanto madre. Es claro que en la madre está incluida la familia. Le hace su casa, le compra su cocina, su nevera... Por eso, cuando sale del hogar, se lleva apenas su ropa si no se la encuentra ya a la puerta cuando regresa un día cualquiera.

¿No hay, pues, posibilidad ninguna para la pareja en el mundo-de-vida popular? Mientras lo constitutivo, esto es, la familia matricentrada, la madredad y la hijidad, conserve su compactación, no se ven posibilidades. En el Centro de Inves-

tigaciones Populares, sin embargo, hemos hallado que pueden darse fisuras. No quiebres ni rupturas totales; también fallas, pero a ellas me referiré más adelante. Las fisuras pueden, es claro, convertirse en rupturas. Por esas fisuras se abren las posibilidades. Mientras la madredad sea omniabarcante y compacta, no hay posibilidades, pero si la madredad se fisura, sea en la madre, sea en el hijo en cuanto madredad-hijidad, el horizonte del hijo no está cerrado en la hijidad ni el de la hija en la hijidad-madredad y, por ende, se abre la posibilidad a la constitución de una persona no necesariamente hija o no necesariamente madre.

No he detectado, por lo menos no lo puedo afirmar, fisuras originadas en la propia familia ni en la madredad de la mujer, pero sí en la hijidad del varón. Si se produce esa fisura en el hijo, desde ella puede también fisurarse la familia y la madredad de la mujer. La fisura de la madredad en la hijidad del hijo abre la posibilidad a otra cosa pero no orienta necesariamente a la pareja. Puede orientar a la constitución del individuo moderno, a la delincuencia y también a la pareja pero no en un sentido único.

Las fisuras orientadas a la pareja pueden provenir tanto desde fuera como desde dentro de la vivencia del sujeto, hijo o hija, esto es, cuando son jóvenes. Se debilita la compactación en uno y otra, externamente, por el contacto con modelos y experiencias distintas.

En esto es importante la intervención de la Iglesia a través de los grupos juveniles en los barrios, de la relación con una paternidad o maternidad distinta, la del cura o de los agentes de pastoral, pero puede serlo también la de la escuela si se dan en ella modelos que permiten vivencias de relación de otro tipo, así como la acción de padres y madres sustitutos que no reproduzcan en su totalidad el modelo matricentrado.

Esta acción externa no es eficaz si no se da un proceso interno de la misma persona, el cual, por otra parte, puede darse sin ninguna incidencia exterior. A partir de la misma práctica de la vida en el joven, se le desvela el vacío de padre y de pareja instalado en la cultura. Desde él, algunos –siempre será, hasta ahora, una solución personal– ponen en jaque, debilitan, su forma de vivirse hijo, matricentrada, y puede aparecer la forma de vivirse pareja. Una nueva dificultad se presenta cuando intenta formar esa pareja con una mujer en la que no se ha producido esa fisura. Dígase lo mismo desde la mujer.

De todos modos, puede decirse que en el interior mismo de la cultura, a partir de las carencias que se viven, existen posibilidades de mecanismos orientados a su modificación. La acción externa será ineficaz, y aun dañina, si no se inscribe en el interior de una convivencia de comunicación directa y no interventora. De hecho, así como se ve que está apareciendo un germen de padre en el pueblo, también aparecen, más numerosas que hace un tiempo, uniones de jóvenes bastante estables algunas de las cuales reúnen las condiciones mínimas para ser consideradas parejas en todo el sentido.

Ahora bien, apareamientos estables, que también pueden ser parejas, han existido siempre en el mundo-de-vida popular, una vez que tanto el hombre como la mujer han superado los cuarenta años de edad, cuando ya la mujer no va a tener hijos y el hombre acepta que ella mantenga su familia con los que ya tiene y una relación más personal con él, esto es, cuando el vínculo con el hombre no pone ya en peligro la exclusividad de los vínculos de la mujer con sus hijos.

Otras familias

Hasta aquí he hablado de la familia popular que es familia matricentrada. ¿No existe en Venezuela ningún otro tipo de familia?

Hay que tener en cuenta, ante todo, que lo que he expuesto han sido los componentes y las dinámicas de la estructura, esto es, he formado un modelo que en concreto nunca se encontrará en toda su pureza, pero que constituye el fondo del sentido verdadero desde el cual se comprende no sólo la familia sino el mundo-de-vida popular.

Este centro de sentido conforma también la manera de ser de la mayoría de las familias venezolana de clase media y aun de muchas de clase alta, aunque sus formas exteriores y sus costumbres remeden a la familia nuclear de tipo clásico. Estas vienen a ser como las capas exteriores, a veces muy espesas, de una cebolla, cuyo núcleo central, sin embargo, es matricentrado. Familias constituidas por una pareja estable, madre y padre, popular o no, revelan, al análisis, esa estructura. En breve, la familia matricentrada es la forma cultural venezolana no sólo dominante sino casi exclusiva.

Ello no permite negar la existencia de familias-pareja que se dan ciertamente, ya sea como logro personal de sus componentes, obtenido por una tradición particular de estirpe, por pertenecer a generaciones muy cercanas a su origen de emigrantes, por formación religiosa, por experiencias peculiares e, incluso, por decisiones propias conscientes. Por lo demás, los cambios sociales y económicos de la segunda mitad del siglo XX han incidido fuertemente sobre todas las formas de familia, pero la familia matricentrada, hasta ahora, ha resistido exitosamente en el mantenimiento de su estructura.

Se han dado procesos acelerados de modernización en la sociedad venezolana, especialmente a partir de la expansión de la industria petrolera, de la migración campo-ciudad que esa misma expansión produjo, y, con todo ello y como consecuencia, una acelerada modernización de la economía. Esta modernización tendrá muchas fallas e imperfecciones pero no se puede negar como proceso. Esto ha incidido particularmente sobre la incorporación de la mujer al trabajo moderno, o sea, al trabajo industrial, comercial, administrativo y de los servicios. Ello ha sacado a la mujer de la casa durante buena parte del día, lo que, teóricamente, debiera haber desarticulado la estructura matricentrada de la familia. Esta, sin embargo, ha sabido adaptarse y se ha conservado. Se ha modificado en sus formas de funcio-

namiento y ha incorporado nuevas costumbres, pero su constitución misma se ha mantenido.

El trabajo de la mujer, si por una parte la ha sacado del hogar y ha dificultado la atención a los hijos, por la otra le ha dado una posibilidad de autonomía económica que ha hecho cada vez menos necesaria la función de proveedor que le estaba asignada al padre. Por este lado, el padre se ha hecho menos necesario. Quizás, sin embargo, eso mismo haya abierto posibilidades para unas relaciones de pareja más libres de las negatividades de la estructura matricentrada. El trabajo moderno en el joven varón, además, le ha permitido una mayor autonomía de la madre y por ahí pueden haberse posibilitado las fisuras de la madre en su hijidad de las que he hablado más arriba, en unión con los otros factores señalados. Ello pudiera explicar, por lo menos en parte, esa explosión, y sobre todo su generalización como fenómeno, de paternidad incipiente que percibimos en todo el ámbito popular.

Si alguna institución en Venezuela, en este final y principio de siglo, no está en crisis, es la familia popular.

Todo esto apunta hacia una modificación en el futuro de la familia matricentrada bajo el impacto de una cierta modernidad exterior. La modificación se anuncia, pero se anuncia no como reproducción del modelo de familia moderna, centrada en la individualidad, sino desde su propio sentido centrado en la relacionalidad convivencial. No puedo extenderme sobre estos dos conceptos pues ello implicaría otro ensayo. Remito a mis numerosas publicaciones al respecto.

En cuanto inicio de un proceso de cambio, que será paulatino y, esperamos, sin traumas, se puede hablar de una crisis de la familia matricentrada, entendiendo crisis en sentido netamente positivo y no como disolución o desintegración. Esta, sin embargo, no se excluye por completo en el futuro si las políticas modernizadoras se intensifican y parten de un diagnóstico equivocado sobre nuestra familia. Resultan preocupantes, por eso, declaraciones como las de la primera dama arriba reseñadas y las siguientes del ministro de Educación aparecidas en el periódico *Últimas Noticias* del 23 de mayo de 1999: "Yo insisto en que nuestro Estado tiene que seguir siendo paternalista, por un tiempo en materia educativa. ¿Por qué? Porque la primera fase de la educación se da en la familia, pero la familia nuestra no existe y ¿entonces? ¿Quién asume el papel de ella? Mientras nosotros reconstruimos la familia, pasarán generaciones y el Estado necesariamente será el papá". Evidentemente, ni el Estado ni la educación del Estado pueden suplir al padre, pero, si lo intentan, no pueden sino producir, en el caso de que tengan éxito, cosa afortunadamente poco probable, graves trastornos de imprevisibles consecuencias. Un padre no puede ser una institución; tiene necesariamente que ser una persona. La relación con personas concretas y no con instituciones, ideas, proyectos, etc., es característica constitutiva, estructural, del mundo-de-vida popular venezolano.

Nuestra familia existe y es muy fuerte, mucho más que en los países modernizados en los que parece sí estar en serios problemas. No sufre los efectos de la modernidad en la familia quizás precisamente porque no es moderna. Y esto no quie-

re decir que sea premoderna, primitiva o subdesarrollada. Es simplemente distinta. Si nuestras élites, modernizadas a su manera, no son capaces de conocer y aceptar la distinción, es problema de ellas, ciertamente, pero, aparte de que no es un problema nuevo, explica su permanente fracaso a lo largo de toda nuestra historia cuando de integrar al pueblo a sus proyectos ha sido el caso. ¿Sustituir la familia popular por otra? ¿Por cuál? ¿Por el modelo clásico hoy en proceso de disolución en los lugares donde se afirmó en el pasado? ¿No será simplemente más realista, además de más éticamente justo, facilitar y no intervenir los procesos que desde la es-

El varón tiene, por lo mismo, cerrados dos horizontes muy importantes: la pareja y la paternidad. Ni la una ni la otra tienen significado cultural en el mundo-de-vida popular.

estructura misma de nuestra real familia se están produciendo?

El centro dinámico de sentido en nuestra familia es la madre. La modernización impacta directamente sobre ella y esto hay que tenerlo muy en cuenta porque si se daña la madre, entonces sí se disuelve la familia dado que no hay padre que la pueda sustituir.

El impacto sobre la madre proviene, sobre todo, de dos factores. El primero, es la economía en su orientación actual que o excluye o incorpora a la madre en cuanto trabajador dependiente. La exclusión obliga a la madre a procurar el sustento de la familia por toda

clase de vías "informales" que la alejan demasiado tiempo de sus hijos. La incorporación como asalariada dependiente da el mismo resultado aun con mayor rigidez. La economía, así, debilita, y a veces elimina, los dispositivos que la cultura había hecho eficaces para la permanencia de la familia. Los hijos quedan en la calle pues ni siquiera el recurso de dejarlos con la comadre o la vecina puede suplir ya que ellas mismas tienen idéntica situación. La escuela, con el doble turno y, sobre todo, con la exclusión que ella misma produce y que es la causa principal del abandono, no supe. El Estado, por lo mismo, hasta ahora, no ha facilitado a la madre la solución de los nuevos problemas y, si se aferra a su diagnóstico equivocado, los aumentará en el futuro.

El segundo factor es la ideología individualista y sensualista sobre la mujer que promocionan los medios de comunicación y la sociedad de las élites en general. Ello induce a algunas mujeres jóvenes del pueblo a salirse, por un tiempo, de las pautas marcadas por la cultura popular. Si bien, con el tiempo, la mayoría regresan, ello genera niños abandonados de madre, fáciles presas de la delincuencia. La delincuencia juvenil no se produce por el abandono de padre o porque no exista la familia, como es opinión común entre las élites, sino por fallas en la madre, algunas —siempre las ha habido— por características personales y otras por la desarticulación de los mecanismos de la cultura.

Ningún tipo de familia está exento de fallas internas y deficiencias que aparecen en casos particulares. En la familia matricentrada éstas son importantes si se producen en la madre o en la relación madre-hijo.

La madre puede fallar por múltiples causas: porque de hecho no cuide al hijo como lo exige la misma cultura, porque no pueda —por las mismas exigencias de la

sociedad moderna externa al pueblo— o simplemente porque así sea percibido por el hijo. En estos casos, la madre sigue presente y el fondo de sentido se mantiene aunque falla su efectividad. Pueden producirse, entonces, en el hijo, desviaciones de conducta hacia la delincuencia o trastornos de personalidad de diverso tipo. En la experiencia investigativa que tenemos en el CIP, cuando se da la delincuencia, a esos delincuentes juveniles los llamamos, y no por simplismo, “delincuentes con madre”. Siempre existirá para ellos una posibilidad de rescate. El caso más grave es cuando la madre falla hasta perderse para el hijo: por abandono desde los primeros años, por prostitución o por conducta, en general, que avergüenza al hijo ante la comunidad de modo que no pueda llegar a sentirla digna de ser su madre. En estos casos, cuando hay delincuencia en el joven, hablamos de “delincuente sin madre”. La situación entonces es desesperada —nunca se puede desesperar por completo— pues al vacío de padre se une el vacío de madre. La vida carece totalmente de sentido —el sentido está en la madre— de modo que el joven delincuente no tiene motivos para vivir. Son los más arriesgados, los más fríos y crueles, los auténticos psicópatas. Diríase que, aunque no se suicidan, buscan que los maten y de hecho no suelen superar los veinte años de edad; mueren antes víctimas de algún asesino tanto en la calle como en la cárcel, o de la policía a la que muchas veces se enfrentan a todo riesgo.

Este sería el panorama que nos presenta la familia predominante en Venezuela, nuestra familia “cultural”. No es un panorama desolador ni mucho menos, si se aceptan su distinción y su otredad como válidas, como nuestra realidad actual con sus procesos de cambio. Negarle a ella su calidad de familia porque no reproduce un modelo determinado, calificarla negativamente y elaborar políticas, de Estado o no, con base en estas descalificaciones, puede llevarnos a situaciones desastrosas. Apreciar sus propios valores y facilitar sus propios procesos, puede ser la mejor vía para que el futuro se produzca sin traumas y de acuerdo con el propio mundo-de-vida.

